**AVANZAMOS CON JACOB EN NUESTRA LUCHA CON DIOS**

Génesis 32:24-30

INTRODUCCIÓN:

 Siendo Dios tan grande, que tiene un poder infinito, que creó los cielos y la tierra y tiene dominio absoluto sobre todo, nos preguntamos cómo fue posible que luche con un hombre que es ante Dios menos que un grano de arena o una brizna de polvo. Sin embargo, si creemos en la Biblia y sobre todo, si le creemos a Dios, debemos admitir que en verdad un hombre llamado Jacob luchó con Dios y lo venció. Porque fue el mismo Dios quien le dijo a Jacob “no se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel (el que lucha con Dios); porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.”

 Pero ¿qué significa la palabra “lucha”? La definición más simple dice que lucha es “pelea en que dos personas se abrazan con el intento de derribar una a otra” sin embargo, no parece que esta definición encuadre con lo que sucedió entre Dios y Jacob, porque la desproporción comparativa de fuerzas es abismal. ¿Cómo podría vencer y derribar a Dios un simple mortal?

 Otras definiciones de la palabra “lucha” pueden ser más plausibles. Por ejemplo: se define la lucha como el esfuerzo que se hace para resistir una fuerza y alcanzar algún objetivo”, o también se habla de “la lucha interior” cuando alguien está tratando de decidir entre dos opciones contrapuestas. Se dice “estoy luchando para decidir si compro o no compro ese automóvil”. O “estoy luchando para convencer a mi hijo que estudie”. Además, se utiliza la palabra “lucha” para lograr algo, como: a lucha política, la lucha ideológica o lucha de clases, la lucha de la movilización social, o la lucha deportiva, cuando se trata de una competencia para obtener un título. Además se usa esta palabra como una referencia a cualquier esfuerzo.

 “¿Cómo van tus estudios en la universidad?” Y…estoy luchando.

 “¿Pudiste dejar de fumar?” Bueno, no es fácil, …estoy luchando”

 Y cuando queremos decir que una persona es tenaz en su esfuerzo para lograr algo, decimos “es una persona luchadora, nunca se rinde, siempre sigue insistiendo”

 Pero cuando nos referimos a la lucha con Dios tenemos en claro que nada tiene que ver con la lucha deportiva, ni con una prueba de fuerzas para ver quien gana o quien pierde. La lucha con Dios se da en ciertas condiciones, en algunos lugares y en situaciones de crisis.

 Entonces, ¿en dónde se lucha con Dios?

**I SE LUCHA CON DIOS EN EL CAMPAMENTO DE DIOS**

Génesis 32:1-2 “Jacob siguió su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios. Y dijo Jacob cuando los vio: Campamento de Dios es este; y llamó el nombre de aquel lugar Mahanaim.”

Mientras Jacob seguía su camino se sorprendió al ver que los ángeles de Dios le salían al encuentro, como si toda descendieron los ángeles para acampar allí. Por eso llamó a ese lugar Mahanaim que significa “Campamento de Dios”.

La lucha con Dios se da en ciertos lugares y bajo algunas condiciones, y el “campamento de Dios” era uno de esos lugares, porque nadie va a luchar con Dios en una fiesta de bodas o en una celebración de cumpleaños, o en un escenario donde se cuentan chistes o se bromea sobre los errores de algunas personas, o se hable de trivialidades. Podríamos decir que allí, en esos lugares y en muchos otros no “hay ambiente”. No se dan las condiciones para que esto suceda.

Recordamos que Jacob dijo que el lugar desértico donde pasó la noche era “casa de Dios y puerta del cielo” (Génesis 28:17) Moisés, por su parte tuvo su primer encuentro con el Señor en una montaña, en Éxodo 3:1 dice que “llegó hasta Horeb, monte de Dios”. Incluso un río puede convertirse en un río de Dios como dice Salmos 65:9 “Visitas la tierra y la riegas; en gran manera la enriqueces; con **el río de Dios**, lleno de aguas, preparas el grano de ellos, cuando así lo dispones”. Un lugar dedicado exclusivamente para Dios se llama santuario, y en un santuario el salmista tuvo una revelación de Dios y escribió “Hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos” (Salmos 73:17)

Es también significativo que nuestro Señor Jesucristo se apartaba de la gente e iba a los lugares desiertos para orar y a veces se pasaba la noche orando, porque esos lugares no especificados eran su “Mahanaim” su campamento de Dios. Otras veces el campamento de Dios puede ser una habitación, un lugar privado, donde podemos estar a solas con Dios. Tal como dijo nuestro Señor “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.” (Mateo 6:6)

Buscar un lugar para tener un encuentro con Dios nos predispone para ese momento, nos enfoca y nos inspira. Cuando buscamos su presencia, es como la búsqueda de la amada en el Cantar de los Cantares cuando dijo “Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía, pues ¿por qué había de estar yo como errante junto a los rebaños de tus compañeros?” (Cantares 1:7) A veces Dios se manifiesta en el templo, como ocurrió con Isaías cuando el lugar se llenó de humo y vio al Señor “alto y sublime”, otras veces nos habla en un taller, como el taller del alfarero, como cuando Jeremías fue allí.

**II SE LUCHA CON DIOS EN LA ANGUSTIA**

Génesis 32:6-8 “Y los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: Vinimos a tu hermano Esaú y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él. Entonces Jacob tuvo gran temor, y se angustió; y distribuyó el pueblo que tenía consigo, y las ovejas y las vacas y los camellos, en dos campamentos. Y dijo: Si viene Esaú contra un campamento y lo ataca, el otro campamento escapará.”

Hacía veinte años atrás el hermano de Jacob llamado Esaú había jurado que un día se vengaría de Jacob, y durante esos veinte años acariciaba la idea de matarlo. Había dicho “Llegarán los días del luto de mi padre, y yo maté a mi hermano Jacob” (Génesis 27:41) Así que cuando recibió la noticia que Jacob estaba regresando, reunió a 400 hombres armados para recibirle, no para saludarlo y darle la bienvenida sino para asesinarlo.

Cuando Jacob se enteró de lo que se proponía su hermano Esaú, tuvo gran temor y se angustió. No contaba con nadie para hacerle frente, solamente contaba con Dios. Y en su angustia recurrió a Dios, luchó con Dios por su propia vida y la vida de su familia.

A nosotros mismos nos puede ocurrir lo mismo y sentiremos mucha angustia si nos enteramos que están despidiendo gente en nuestro trabajo y estamos en la lista. Sentiremos angustia si recibimos una demanda judicial de desalojo de nuestra vivienda, o de embargo de nuestros bienes. Sentimos angustia si nos comunican que tenemos un cáncer terminal y nos quedan pocos días de vida. Sentimos angustia cuando alguien muy querido es internado en terapia intensiva con un pronóstico incierto.

Cuando un tiene angustia aparecen algunos síntomas como elevación del ritmo cardíaco, una sensación como si nos faltara el aire, en algunas personas la angustia va acompañada con sudoración y temblores. Uno no quiere sentirse así, pero es algo que no se puede controlar.

Para estos momentos Dios nos dice en su palabra “invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás” (Salmos 50:15) Invócame, dice Dios, invócame cuando estás angustiado. En otras palabras Dios está diciendo “llámame, suplícame, ruégame”. La oración suplicante es de enorme ayuda en tales situaciones. Es como una válvula de escape de toda la tensión que tenemos adentro. Y la promesa de Dios es “te libraré”.

Este tiempo de oración en la Biblia se llama también “lucha”. El apóstol Pablo estaba preocupado por las amenazas de herejías y falsas doctrinas sobre la iglesia de Colosas, así que les escribió una carta donde les dijo “Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro” (Colosenses 2:1)

 Muchas cosas que nos pasan están fuera de nuestro control y no las podemos cambiar, ni detener, ni quitar, y esto nos hace sentir más angustiados. Lo mismo estaba viviendo Jacob cuando cuatrocientos hombres armados cabalgaban amenazantes hacía él. Él no podía detenerlos, no podía escapar y no sabía cómo proteger a su familia, así que pensó en lo peor. Por eso dividió su campamento en dos, de manera tal que si Esaú atacaba a uno, el otro podía escapar. Lo que planificó hacer no era la solución, pero era algo y al menos podrían salvar algo.

 Así que con una enorme angustia se apartó para luchar con Dios, porque solo Dios podía cambiar las cosas.

**III SE LUCHA CON DIOS EN SOLEDAD**

Génesis 32:24-26 “Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob respondió: No te dejaré, si no me bendices.”

Estar a solas con Dios y sentir su presencia es una de las experiencias más profundas e impactantes que podemos tener. Por eso Jesús siempre procuró tener ese tiempo de soledad con su Padre. En Mateo 14:23 dice “Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo”. Esta misma soledad con Dios le vivió Jacob porque el versículo dice “así se quedó Jacob solo y luchó con él un varón”. Y si quedó solo ¿qué hacía ese varón allí? Entonces, si había un varón allí, no estaría solo. Porque cuando estamos en soledad con Dios, nunca estamos solos. Dios está presente.

El pasaje bíblico no nos da ninguna pista acerca del varón que luchó con Jacob; tampoco nos dice por qué ni cómo comenzó esa lucha; no nos dice si era uno de los ángeles con los cuales se había encontrado antes, ni siquiera sabemos su nombre. Pero lo más sorprendente es que ese varón que luchó con Jacob se identificó como Dios. El versículo 28 dice: “Y el varón le dijo: no se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel (el que lucha con Dios); porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.” ¿Con quién estuvo luchando Jacob? Con Dios, porque dice “has luchado con Dios… y has vencido”. Y por su parte, Jacob así lo identificó en el versículo 30 “Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma” Vemos, por lo tanto, que para Jacob aquel varón era Dios, porque dijo “vi a Dios cara a cara”.

Sin embargo en Juan 1:18 dice “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Y en 1 Juan 4:12 vuelve a repetir “Nadie ha visto jamás a Dios”. Y si nadie jamás lo ha visto ¿a quién vio Jacob? Porque él vio a Dios. Solo nos queda una respuesta a esta pregunta, y es que Jacob vio a Jesucristo por quien Dios hizo el universo, a Jesucristo antes de encarnarse en la virgen María. Y por cierto, a Dios el Padre nunca nadie lo vio jamás, pero sí a Jesucristo quien es la imagen del Padre. Por eso Juan dice que si bien a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Esto también concuerda con lo que Jesús dijo de Abraham quien fue considerado amigo de Dios, y Jesús dijo “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día, y lo vio, y se gozó” (Juan 8:56) Aquí Jesucristo se reveló a Abraham unos dos mil años antes de su nacimiento en Belén. Abraham “lo vio y se gozó”. Porque Jesucristo es Dios, según 1 Juan 5:20 “Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero, y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna” ¿Quién es la vida eterna? Jesucristo. ¿Quién es el verdadero Dios? Jesucristo.

Además podríamos preguntarnos ¿por qué luchaba Jacob? El pasaje bíblico nos dice que luchaba para obtener la bendición de Dios. Jacob dijo “No te dejaré si no me bendices”. Toda esa noche hasta el amanecer, hasta rayar el alba, Jacob se aferró con todas sus fuerzas para obtener una sola cosa: la bendición de Dios. Por esa bendición sus temores huirían, por esa bendición su angustia desaparecería, por esa bendición Esaú con sus 400 hombres nada podrían hacerle.

Y eso fue precisamente lo que ocurrió, todo el ambiente del cielo y de la tierra cambió, la enemistad se esfumó, la tensión se convirtió en paz, el enojo y el odio acumulado en el corazón de Esaú se convirtió en un amor profundo. Y esta historia concluye con la frase “Pero Esaú corrió a su encuentro y le abrazó, y se echó sobre su cuello, y le besó; y lloraron.” (Génesis 33:4)

¿No es maravilloso el poder de Dios para cambiar los que nadie puede cambiar? ¿No es acaso sorprendente que Dios mismo está con nosotros como estuvo con Jacob en la persona de Jesucristo? Porque Jesucristo dijo “he aquí yo estoy con vosotros todos los días” (Mateo 28:20) ¿No somos motivados como Jacob a aferrarnos a Cristo y decirle “no te dejaré si no me bendices”? ¿Y quién puede medir la gloria que vendrá sobre nosotros si él nos bendice?

CONCLUSIÓN:

 Estás ahora en el “campamento de Dios”, en la casa de Dios y puerta del cielo. Te encuentras en medio de la iglesia donde habita Jesucristo, y escuchaste su Palabra. Y si están pasando por un momento de angustia y de preocupación por algo, este es tu mejor lugar y el mejor momento para luchar con Dios, para pedirle que te bendiga, para decirle “no te dejaré si no me bendices”

 Pero ¿qué garantía tenemos que Dios atenderá a nuestra oración? Quiero decirte que tenemos la garantía de su palabra, la garantía de sus promesas que son inquebrantables. Tenemos la garantía poderosa de cuatro promesas de Jesucristo que pueden cimentar tu fe en tu lucha en oración. Y estas son:

 “Por tanto, os digo que todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.” (Marcos 11:24)

“Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.” (Mateo 7:7-8)

“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mateo 18:18)}

“Entonces el Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar, y os obedecería.” (Lucas 17: 6)